ANÁLISIS

Recuperar la confianza

El Gobierno tiene un problema de comunicación y de pedagogía para explicar la necesidad de los ajustes

Fernando Faces
Instituto Internacional San Telmo

QUÉ es lo que le falta por hacer a España para recuperar la confianza de los mercados financieros? En las últimas semanas los mercados nos están apaleando: la Bolsa se ha desplomado hasta niveles del 2003, la prima de riesgo ha alcanzado máximos, y cada vez son más numerosas las opiniones sobre el necesario rescate de España. Nada parece haber cambiado con el nuevo Gobierno de Rajoy, a pesar de su firme compromiso con la reducción del déficit y las valientes y dolorosas reformas que está acometiendo. ¿A caso el Gobierno está errando en su política económica? ¿Se está aplicando la medicina apropiada? No tengo la menor duda de que el ajuste del déficit y las reformas estructurales son absolutamente necesarias. Nadie puede gastar permanentemente por encima de lo que ingresa, ni acumular deuda sin límite. En algún momento los acreedores se plantarán negándose a refinanciar la deuda, si el deudor no garantiza un plan de devolución con la garantía suficiente. Cosa distinta es el plazo de devolución, que debe ser coherente con la capacidad real del deudor, en términos de renta y ahorro.

La medicina de la austeridad es la adecuada para la débil y convaleciente economía española; pero no hay medicina, por buena que sea, que aplicada en dosis extremas no acabe con la vida del paciente. España necesita un plan plurianual de consolidación fiscal, detallado y riguroso, acompañado de acciones que fomenten el crecimiento. Un plan de varios años permitiría hacer un ajuste presupuestario, centrándose en la reducción de los gastos estructurales, sin aumentar los impuestos. Las consolidaciones fiscales que han tenido éxito son las que se han centrado fundamentalmente en la reducción de los gastos y en la eliminación de los déficit estructurales, adelgazando y eliminando la Administración pública improductiva, ineficiente, duplicada o insostenible. Pero este es un trabajo de cirugía profunda y dolorosa, que requiere tiempo, voluntad política, y pedagogía ciudadana. Cuando los calendarios de consolidación fiscal son muy cortos, los políticos se centran en aquellas partidas presupuestarias de más fácil ejecución, de una manera indiscriminada, sin hacer un análisis profundo de la eficiencia de los ingresos y gastos, y sobre todo, sin eliminar las causas y estructuras que los generan. De esta manera la tensión presupuestaria permanece.

A cambio, el Gobierno se debe de comprometer en abordar con rigor, profundidad y celeridad las reformas estructurales necesarias para revitalizar y flexibilizar la estructura económica, social e institucional del país, que se ha quedado obsoleta. Es prioritario renovar la estructura productiva del país, mejorar la flexibilidad de los mercados, sanear el sistema financiero, que esta colapsado y es incapaz de ejercer su función principal como proveedor de crédito, restructurar el sistema energético, caro y dependiente, y modernizar el sistema educativo, endogámico e inadaptado a las necesidades de la sociedad y la economía del siglo XXI. Son reformas apremiantes, urgentes, que implicarán sacrificios durante al menos tres años, pero que son necesarias para crecer y crear empleo, ya que mejorarán la competitividad y el crecimiento, única garantía de sostenibilidad del bienestar. Pero todo esto hay que explicárselo a los ciudadanos, tantas veces como sean precisas, con claridad y realismo y a la vez con la motivación y confianza de que estas son las medidas que garantizarán el bienestar de nuestros hijos.

El Gobierno español tiene un problema de comunicación y de pedagogía ciudadana. Todavía recuerdo al vicepresidente Enrique Fuentes Quintana, que con motivo de los Pactos de la Moncloa, hizo la labor de explicar, día tras día, las duras medidas que el Gobierno iba a adoptar, con su enorme cuerpo llenando toda la pantalla de televisión, trasmitiendo confianza y convencimiento a los ciudadanos. Al final nos lo creímos, aceptamos el doloroso reto que nos proponía y en los dos siguientes años España superó una de las crisis más profundas de la democracia. Hay que explicar que nos encontramos ante una crisis de endeudamiento en la que las familias y las empresas han alcanzado una deuda del 297% del PIB, como consecuencia de haber gastado e invertido por encima de nuestras posibilidades de renta y ahorro. Reducir esta deuda a niveles normales nos llevará algunos años. En los últimos cuatro años el endeudamiento privado se ha reducido muy poco.

RUMBO EQUIVOCADO
Alemania ejerce un liderazgo autoritario e intransigente al margen de las instituciones europeas

Reducir el endeudamiento exige vender activos mobiliarios o financieros, si se tienen, y en todo caso ahorrar más y consumir menos. Una moderada inflación puede ayudar a reducir el valor real de las deudas, y las quitas por parte de los acreedores y la depreciación del euro pueden ser de gran ayuda tanto para reducir el endeudamiento como para compensar la caída del consumo y la inversión internos. Lamentablemente estas últimas no están en el manual de instrucciones del BCE, ni de Bruselas. El desendeudamiento necesita tiempo, y tampoco conviene acelerarlo extremadamente ya que puede conducir a una depresión de la economía. Por esta razón las crisis de endeudamiento son de larga duración, con un periodo medio de ocho años. Convencer a Alemania de que un calendario excesivamente corto de reducción del déficit, puede comprometer y dificultar el necesario desendeudamiento del sector privado, que es la causa principal de la crisis, es difícil, pero habrá que argumentarlo, con el compromiso de, a cambio, acelerar y someter a un mayor control de Bruselas las reformas estructurales.

Oposición, sindicatos y ciudadanos debemos de ser responsables y aceptar que son necesarios los ajustes y las reformas que el Gobierno nos propone. La alternativa es años de depresión y destrucción de empleo. El caso de Japón es el ejemplo más ilustrativo. El plan de austeridad pública, consolidación fiscal y desendeudamiento privado, nos garantizará la estabilidad financiera. Las reformas estructurales nos proporcionaran competitividad, crecimiento y creación de empleo. Ambas nos permitirán recuperar la confianza de nuestros acreedores (mercados financieros), facilitándonos el proceso de desendeudamiento y reduciendo la carga de intereses. La recuperación de la confianza de nuestros acreedores, que quieren hechos más que promesas, será el punto de inflexión definitivo de salida de la recesión hacia la definitiva recuperación. La economía es básicamente cuestión de confianza.

La superación de la crisis no solamente depende de los españoles. Somos una parte importante de la Economía Europea. Estar en Europa nos protege del ataque de los mercados (el BCE apoya a los bancos aportándoles liquidez sin límite y a los gobiernos comprando su deuda pública), pero también nos condiciona: no podemos devaluar, ni tenemos un BCE que actúe sin límite como prestamista de última estancia. Los problemas de España son los de Europa. Si España entra en depresión y no es capaz de pagar su deuda, arrastrará al conjunto de la Unión Europea. Estamos en el mismo barco y la solidaridad no es gratuita, es obligada por la necesaria protección de los intereses de la Unión. Europa no atraviesa sus mejores momentos políticos, sociales y económicos. Estamos carentes de liderazgo, y la vacilación, descoordinación y heterogeneidad de criterios, están dificultando la salida de la crisis. Tanto el BCE como el Consejo Europeo carecen de anticipación y están siendo desbordados por los acontecimientos.

Alemania acompañada de una complaciente Francia, ejerce su liderazgo con la imposición de unas reglas, necesarias, pero no suficientemente consensuadas con el resto de los socios. Es un liderazgo autoritario e intransigente, al margen de las instituciones europeas, mediante acuerdos intergubernamentales como el reciente Pacto de Estabilidad Fiscal, con obsesión por la austeridad y sin acciones compensatorias de crecimiento. En el corto plazo, es absolutamente necesario que el BCE mantenga abierta su barra libre de liquidez, sin dejarse llevar por las excesivas presiones del Bundesbak, así como seguir comprando deuda pública tanto de Italia como de España. También debe de ampliarse el fondo de rescate por encima del billón de euros, como elemento disuasorio para la especulación. En el medio plazo hay que aplicar el pacto de estabilidad fiscal y una vez aprobado por todos los socios iniciar la emisión de los eurobonos. En el medio y largo plazo avanzar decididamente en la integración fiscal, económica y política. De esta crisis la Unión Europea o sale más integrada económica y políticamente o asistiremos a su autodestrucción.